

Semana Santa en Rentería

No sería difícil con un poco de aplicación reunir un pequeño florilegio de elogios, algunos realmente inesperados, que se han dedicado a Rentería a través de los tiempos. Bien es verdad que acaso nos encontraríamos también con un número equivalente de comentarios desfavorables, pero ni sería propio de un renteriano el recogerlos, ni este el lugar más adecuado para publicarlos. El Venerable Fray Francisco Bell la llamaba «linda villa» en 1633 y constataba, no sin admiración, que todas sus calles estaban enlosadas. Más recientemente, Gaetan Bernoville, que parece haberse servido de los ojos de la imaginación más que de los de la cara, se extrañaba de la blancura de sus casas. Y, ya que hemos mencionado estas últimas, una autoridad en la materia me hablaba, no hace aún mucho, de la dignidad de nuestras casas antiguas; es decir, de esas que para un buen renteriano no pasan de ser viejas a secas.

Con todo, por mucho que se rebuscara, no sé si se hallaría alguna mención de nuestras procesiones de Semana Santa. En realidad, no se ve muy bien qué es lo que en ellas pudo nadie hallar de particular. Nuestros pasos, si se ha de decir la verdad, son en general bastante chapuceros



y nos faltan esos elementos, a mitad de camino entre la liturgia y el folklore, que suelen contribuir a la fama de esa clase de ceremonias. Sin soldados romanos tan siquiera, no podemos mostrar más que un San Miguel y unos angelitos ya un poco deslucidos.

A pesar de todo esto, yo he sentido siempre un profundo afecto por estas procesiones sencillas, humildes, sin pompa ni aparato. Quizá sólo lo haya sentido por ser de aquí, por esa adhesión espontánea e irrazonada, muchas veces también poco razonable, que uno tiene a las cosas de su propia comunidad, puesto que conozco a otros renterianos que participan de ese mismo sentimiento. Si tuviera que presentar otras razones, me vería en un aprieto y, sin embargo, voy a intentarlo. Para ello, gracias a Dios, no hay necesidad de negar ni de empequeñecer los méritos de lo ajeno.

Ante los rostros familiares de las casas, los pasos avanzan lentamente entre dos hileras de varones, pequeños y grandes: dos hileras largas, muy largas, casi interminables. Son como las cuentas mal ensartadas de un rosario, apretujadas a trechos, dispersas en otros. La marcha es pausada y regular, menos allí donde un obstáculo invisible detiene

la marea o donde una especie de horror al vacío hace precipitar el paso para restablecer la entereza del hilo que se ha adelgazado hasta casi romperse. El pelotón de las mujeres que marcha detrás agrupado no es en la procesión, todo hay que decirlo, más que un apéndice sin importancia. Al parecer, por injusto que resulte, está dentro de la tradición, no sólo en las costumbres particularistas del país, sino también en las de la Iglesia universal, que éstas hayan de quedar relegadas a un segundo término en ciertas ocasiones solemnes.

Oír, no se oye gran cosa. Un tenue ruido de pasos en el silencio de la tarde. A ratos se escucha, casi siempre en la lejanía, un versículo del Miserere o los compases de una marcha fúnebre. No es ni mucho menos como un entierro, que entre nosotros suele tener más de tertulia agradable, aunque incómoda por el obligado caminar, que de recogida meditación de la muerte. Más exacto sería decir que es el extremo opuesto de un entierro.

Ni Sevilla ni Valladolid tienen que temer competencia alguna, puesto que todo esto carece de atractivo turístico. Es algo en que se puede participar o no participar, pero no algo que valga la pena, por lo menos, para el observador común, de contemplar. No sé lo que pasa por las mentes de los que van en la procesión ni voy a intentar adivinarlo. Lo que puedo decir es lo que veo: unos rostros serios, casi se diría que solemnes, con esa solemnidad que le envuelve a uno sin quererlo cuando realiza algo que él mismo y generaciones de antepasados antes que él han venido haciendo siempre de la misma manera.

Ahora caigo en la cuenta de que, arrastrado por el recuerdo, estoy hablando en presente de algo que pertenece más bien al pasado, a un pasado que se nos presenta más irremediablemente ido que cualquier otro precisamente porque es de ayer mismo. Lo tradicional, lo que se sigue haciendo porque así se viene haciendo desde siempre, muestra una alarmante inestabilidad a pesar de su robustez aparente. Parece que continuará inalterable por los siglos de los siglos y basta un leve cambio en los usos, una breve interrupción, hasta una vacilación, para que pase a ocupar un rincón en los polvorientos desvanes del pasado.

La verdad es que, aunque no reparáramos en ello, nuestras procesiones a la antigua estaban amenazadas por demasiados peligros. Las virtudes del silencio no son muy apreciadas, fuera de las cartujas, en nuestro mundo de radios a pleno pulmón. Estamos obsesionados por los procedimientos contundentes como un puñetazo en el estómago, por la eficacia de la acción psicológica sobre eso que, poco cariñosamente, solemos llamar la masa, eficacia que por lo común nos parece más importante que las consideraciones de estilo. También nos gusta sujetar las mentes con la disciplina de un quehacer común antes de que el demonio del libre albedrío las disperse en no sabemos qué divagaciones personales. Así la polifonía del siglo XVI tiene que retroceder ante tonadillas más populares, del mismo modo que lo que algunos retrasados nos obstinamos en seguir llamando novela tiene que ceder el paso a las cosas que produce don Guillermo Sautier Casaseca. Lo peor sea acaso que seguimos proclamando en teoría, no sin un buen tanto de hipocresía, la superioridad de Palestrina y de Cervantes.

En resumen, para acabar como suele este género de comentarios melancólicos, lo que no va con el tiempo está llamado a menguar y a desaparecer más tarde o más temprano. Si esto no basta para consuelo, y difícilmente puede bastar, queda todavía otra reflexión por hacer. Uno, con los años, empieza a dudar de que los antiguos anduvieran siempre descaminados en relación con nosotros. Aun dentro del mismo terreno de la eficacia que tanto nos apasiona, acaso pensarán que no siempre los medios más notorios y directos son los que producen los efectos más profundos y duraderos.

LUIS MICHELENA